

**Entendiendo el Fuego**  
**DIARIOS DE AVIVAMIENTOS**

Serie sobre el liderazgo cristiano



Gabriel Edgardo Llugdar

**DIARIOS DE AVIVAMIENTOS**

# LOS APÓSTATAS

## ¿Qué hacemos con ellos?

*¿Un apóstata puede volver al Camino? ¿Cuál es tu postura al respecto? Me lo preguntó un querido hermano perteneciente a la iglesia Bautista Reformada, en uno de esos intercambios de opiniones o posturas doctrinales que enriquecen mucho más que los agrios e interminables debates a los cuales rehúyo. Al menos para mí ha sido provechoso el haber inquirido sobre este tema, tan antiguo y a la vez tan actual, y espero que lo sea para todos ustedes a quienes comparto la respuesta que le envié a mi amigo. Es un poco extensa; pero ya saben que este sitio no pretende ser un *fast food* espiritual, sino un espacio para los que aman la lectura:*

000.000.000

Sorprendentemente, a la palabra *apostasía*, tan utilizada (¿mal utilizada?) actualmente, la encontramos solo una vez en la Biblia...

**2 Tesalonicenses 2:3-4** *Que nadie os engañe en ninguna manera, porque no vendrá sin que primero venga la **apostasía** y sea revelado el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se exalta sobre todo lo que se llama dios o es objeto de culto, de manera que se sienta en el templo de Dios, presentándose como si fuera Dios.*

Que un término no se use profusamente en las Escrituras, o directamente no aparezca, no significa que sea inválido para expresar una verdad espiritual; tanto como el término *Trinidad, Teofanía, Encarnación*, etc. Pues bien, el concepto que implica *apostasía* está presente en toda la Escritura, desde el Edén hasta Apocalipsis. En el versículo que te he puesto anteriormente, *apostasía* más bien se refiere a un período especial venidero, a los eventos finales; y no a casos particulares de creyentes, que siempre los hubo, tanto

en el pueblo de Israel (el Antiguo Testamento está lleno de relatos de *apostasía*) como en la nueva Israel de Dios, que es la Iglesia.

Entonces, empiezo preguntándome *¿Qué debo entender por apóstata?* En la actualidad, usamos esta palabra para referirnos más o menos a un “*hereje que enseña herejías, y se complace en esas herejías*”, y esto tiene una connotación muy fuerte, extremista, tanto como si se tratase de un anatema. Pero dicho uso no hace justicia a su verdadero significado, esgrimir esta palabra como un insulto o como la etiqueta de una condición espiritual de la cual absolutamente nadie puede volver, es nefasto para el progreso de la Iglesia.

Para responder sobre la cuestión de si un apóstata puede volver al Camino, debería primeramente considerar qué es un **apóstata**. Como bien sabes, en cualquier interlineal encontrarás que el término *apostatar* significa: ***Desistir, desertar, abandonar, alejarse, apartarse, renunciar, mantenerse alejado, incitar revuelta***. Puedes ver que no siempre es tan extremo el significado real, como el que nosotros le damos actualmente; básicamente un apóstata es cualquier persona que se aparta del Camino, que se pone a un lado, que deserta; que se vuelve hacia atrás.

**Juan 6:66** *Desde entonces muchos de sus discípulos **volvieron atrás**, y ya no andaban con él.*

Se puede apostatar por miedo en la persecución; por ceder a las tentaciones comunes que todos tenemos; por amar más la gloria de los hombres que la de Dios; por amor a las riquezas; por frustración (al no comprender que el amor de Dios suele implicar el que tengamos que soportar padecimientos), etc. Creo que la parábola del sembrador es un buen ejemplo de las diversas causas por las que se puede apostatar.

Me referí antes, a que el concepto que tenemos hoy de un apóstata, es el que nos viene a la mente cuando leemos...

**2 Pedro 2:13,14,20,21** *recibiendo el galardón de su injusticia, ya que **tienen por delicia** el gozar de deleites cada día. Estos son inmundicias y manchas, quienes aún mientras comen con vosotros, **se recrean en sus errores**. Tienen los ojos llenos de adulterio, no se sacian de pecar, seducen a las almas*

*inconstantes, tienen el corazón habituado a la codicia, y son hijos de maldición. Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero. Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado.*

Por supuesto, aquí está hablando claramente de apóstatas, pues dice que volvieron atrás, que se apartaron del camino; pero esta clase de apóstata tienen una característica especial: *se recrean en sus errores*, por eso Pedro les llama *hijos de maldición*. Si me preguntas que si creo que puedan volver al camino, te respondería que no. Pero en cuanto a los que menciona el apóstol Juan: “*muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él*”, no me atrevería a afirmar lo mismo; probablemente después de la resurrección del Señor algunos de ellos se arrepintiesen y regresasen a la fe. Al fin y al cabo, en el monte del Calvario no eran muchos los que permanecieron con Cristo, la mayoría (incluido gran parte de los apóstoles) habían desertado, habían huido por miedo; habían negado conocer y ser discípulos de Cristo, y todos estos verbos son sinónimo de apostatar. Como puedes ver, la totalidad de estos casos son apostasía, pero el grado no es el mismo.

En el siguiente pasaje también se ven dos tipos de apóstatas:

**1 Timoteo 4:1-2** *Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia...*

A muchos creyentes que se vuelven atrás, porque son engañados y son atrapados por el error de las herejías y sectas, les cabe el nombre de *apóstatas (algunos apostatarán de la fe escuchando a...)*. Y los otros, los falsos maestros y mentirosos que los engañan, también son apóstatas; pero hay una diferencia, estos últimos tienen cauterizada la conciencia. Creo firmemente que los primeros pueden tener una oportunidad para volver al Camino, pero los segundos, imposible.

Leyendo el precioso tratado de Cipriano, obispo de Cartago y mártir en el 258, titulado: DE CATHOLICAE ECCLESIAE UNITATE encontré lo siguiente:

“¿Qué tienen que hacer en un corazón cristiano la fiereza de los lobos, la rabia de los perros, el veneno mortífero de las serpientes y la sangrienta crueldad de las fieras? Hay que congratularse cuando los tales se separan de la Iglesia para que no sean arrebatadas las palomas y las ovejas de Cristo por su cruel y venenoso contagio... Nadie crea que los buenos puedan ser separados de la Iglesia, porque el viento no arrebatara al trigo ni la tempestad derriba al árbol aferrado a sólida raíz; las pajas vacías, éstas sí son aventadas por la tempestad; y son los árboles enfermos, los derribados por el soplo del huracán. El apóstol Juan los repudia y censura diciendo: *"De nosotros salieron; pero no eran de los nuestros. Si hubieran sido de los nuestros, hubieran permanecido con nosotros"* (Cipriano - DE CATHOLICAE ECCLESIAE UNITATE – 9.)

El mismo Ireneo de Lyon, en su maravillosa obra de refutación a los gnósticos dice:

“Ahora bien, temo que por nuestro descuido haya quienes como lobos con piel de oveja **desvíen las ovejas**, engañadas por la piel que ellos se han echado encima, y de los cuales el Señor dice que debemos cuidarnos (pues dicen palabras semejantes a las nuestras, pero con sentidos opuestos).” (Ireneo de Lyon – Contra los Herejes Pr.1, 2)

Teniendo en cuenta que, Ireneo fue obispo de Lyon en el 177 y que fue discípulo de Policarpo, discípulo del apóstol Juan, es un dato importante que él considere como “ovejas” a las que se desvían (desviar – sinónimo de apostatar) diferenciándolas de los lobos; por lo cual, uno de los motivos de que Ireneo escriba esta magnífica obra es para hacer volver a las ovejas que fueron desviadas hacia un falso “evangelio gnóstico”. Una vez que Ireneo ha expuesto las herejías del gnosticismo, expresa su esperanza de que los que se hayan descarriado (a los cuales sigue considerando ovejas) regresen a la senda:

“De estos padres, madres y antepasados han salido los seguidores de Valentín, como ellos mismos lo descubren en sus reglas y doctrinas. Era necesario claramente descubrir sus dogmas para arrancarlos de en medio. **Ojalá que algunos de ellos se conviertan y, haciendo penitencia, se vuelvan** al único Dios Creador y Hacedor del universo para que puedan salvarse. **Y que los demás dejen de desviarse** atraídos por su malvada manera de persuadir, que presenta estas cosas con visos de verdad, haciéndolos imaginar que tendrán un conocimiento mayor y más elevado, y

que descubrirán los misterios. Si éstos aprenden bien de nosotros lo que aquéllos enseñan mal, se reirán de sus doctrinas y tendrán compasión de aquellos que, **dejándose todavía arrastrar** por tan miserables e incongruentes fábulas, han asumido aires de orgullo, juzgándose mejores que los demás por haber adquirido tal gnosis, que más valdría llamar ignorancia. (Ireneo de Lyon – Contra los Herejes – Libro I. 31.3, 4)

Es una constante que muchos hermanos nuevos en la fe, o que no tienen base sólida, suelen preocuparse pensando que han cometido la blasfemia contra el Espíritu Santo. ¿Cuál es mi respuesta más sencilla? *Si te preocupa el que puedas haber blasfemado contra el Espíritu, es que no has blasfemado contra Él.* Pues la blasfemia contra el Santo Espíritu no tiene perdón porque no tiene arrepentimiento; si te preocupa y te duele el haber ofendido al Espíritu, significa que el Espíritu no te ha abandonado, sigue actuando en tu conciencia. Alguien que blasfema contra el Espíritu no puede ser perdonado porque no puede arrepentirse, su conciencia está cauterizada, no le preocupa, no le duele; ha perdido la sensibilidad espiritual.

Mientras hay arrepentimiento hay perdón. Sólo el Espíritu Santo puede convencer de pecado. Para ser perdonado hay que arrepentirse, para arrepentirse hay que ser convencido de pecado, para tener convicción de pecado el Espíritu Santo tiene que obrar sobre nuestra conciencia, si obra en ella es porque no está cauterizada y tiene capacidad de reacción.

El apóstata que no puede volver al Camino del cual se ha apartado, es aquel que no puede arrepentirse del camino en el que anda; pues mientras exista arrepentimiento, la Gracia es suficiente para restaurar.

Seguramente en nuestro andar cristiano, hemos tenido la oportunidad de hablar con personas que un día caminaron en Cristo, pero hoy están apartadas y lo reconocen, sin jactarse de ello; más bien lo confiesan con un dejo de tristeza, como si su conciencia continuamente les recordara que están apartados del Camino, de la Verdad y la Vida. Cuando me encuentro con una situación como esta, yo tengo esperanza de que tal persona pueda ser restaurada y volver al Camino. Mientras haya el más mínimo indicio de la obra de convicción de pecado por parte del Espíritu sobre esa persona, creeré que es posible arrebatarla del fuego. No encuentro en la Escritura nada que me impida creerlo así, por el contrario, encuentro en ella la esperanza de hacer volver o encaminar al apóstata.

**Santiago 5:19-20** *Hermanos, si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad, y alguno le hace volver, sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados.*

Hasta aquí, querido amigo, he dado mi opinión personal al asunto, no es más que eso, tampoco he pretendido otra cosa; pues bien sé que has leído a los mejores comentaristas y teólogos, y en ellos encontrarás definiciones más exactas. Ahora quisiera que, dedicándome un poco más de tu paciencia, mirásemos a la Historia de la Iglesia y en especial a los primeros cristianos: ¿Qué pensaban ellos sobre la apostasía? Creo que ello te será más útil que mi simple punto de vista.

“Escritores tardíos han tendido a magnificar el martirio y sus protagonistas **dando a entender que los casos de apostasía fueron realmente pocos. No es cierto**, los relatos de Eusebio nos muestran cantidades ingentes de hombres, mujeres y niños aterrados acudiendo a cumplir las órdenes imperiales. No fueron pocos, sino muchos los que **sucumbieron a la amenaza persecutoria y apostataron**. El clero romano, escribiendo a la Iglesia de Cartago, dice que en la persecución de Decio **hubo muchos apóstatas**, y entre ellos cita a “personas de alta categoría”...La mayoría no reunió las fuerzas suficientes para negarse y quemaron incienso a los dioses. Algunos, para aquietar su conciencia, recurrieron al subterfugio de sobornar mediante dinero a las autoridades y obtener así el libelo de sacrificio sin haber sacrificado. Unos y otros recibieron motes despectivos por parte de los cristianos de la resistencia y se les llamó: turificados (thurificati, que sólo habían ofrecido incienso), libeláticos (libellatici, que obtuvieron el libelo sin llegar a sacrificar) y sacrificados (sacrificati, que habían sacrificado públicamente). **Todos eran considerados como lapsos** (lapsi, caídos, renegados, **apóstatas**).” (Alfonso Roperó – Libro: Mártires y perseguidores)

Aunque hoy no se hable mucho de esto, el tema de la apostasía produjo serios enfrentamientos en el seno de la Iglesia primitiva; hasta el punto de provocar cismas. Ten en cuenta que los cristianos de aquella época consideraban tan tremendamente importante el bautismo, que después de bautizado no se aceptaba el pecado. Claro que no me refiero a los tropiezos y faltas, a las que todos estamos expuestos mientras estamos en este cuerpo.

Sino que me refiero a pecados como fornicación, adulterio, homicidio, negación pública de ser cristiano, etc. Con el correr del tiempo, la Iglesia adoptó términos como *pecados veniales* y *pecados mortales (capitales)* para distinguirlos. Los cristianos de los primeros siglos tomaron muy en cuenta estas palabras:

**Hebreos 6:4-6** *Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio.*

La mayoría de los apóstatas, eran los que literalmente habían negado a Cristo delante de los tribunales romanos:

**Mateo 10:32-33** *A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos.*

Así que el tema que se planteó fue muy fuerte. Por un lado estaban los *mártires*, es decir los que habían confesado a Cristo hasta la muerte; luego estaban los *confesores*, que eran aquellos que habían confesado a Cristo delante de los hombres y por ello padecieron persecución y tortura, pero ya sea por clemencia del juez o por otro motivo, habían sido liberados. Por último estaban los *lapsi*, es decir, los apóstatas. No solo hubo multitud de miembros que apostataron, sino también algunos de sus líderes. La mayoría de ellos regresarían después al seno de la Iglesia, arrepentidos y pidiendo ser readmitidos.

Los que estaban presos y sentenciados a morir por haber confesado a Cristo (*mártires*); y los *confesores* (aquellos que habían sido liberados, pero llevaban en sus cuerpos las marcas de la tortura por haber permanecido firmes en la fe) intercedieron ante los grandes obispos para que fuesen clementes con los apóstatas, y los recibieran nuevamente. Para estos casos, era necesario el arrepentimiento y hacer actos dignos de contrición. Las



iglesias aplicaban la disciplina que consideraban convenientes, y luego de un tiempo los integraban nuevamente a la asamblea. En cuanto a los líderes que habían apostatado y solicitaban ser readmitidos, la opinión general fue la que expresa Cipriano, obispo de Cartago y de gran influencia desde África hasta Roma: “...nosotros, de acuerdo con todos los otros obispos del mundo, determinamos que esta clase de hombres podían ser admitidos entre los penitentes, pero que quedaban apartados del orden clerical y de la dignidad episcopal.” (Cipriano, *Cartas* 67, 6)

El cisma surgió una vez pasada la gran persecución del emperador romano Decio, ya que una parte de los obispos recibía a todos los apóstatas que querían regresar a la iglesia; en contraparte, otro grupo de obispos se negaba rotundamente a ello, afirmando que un apóstata no tenía perdón. Aquí se levanta la figura de Cipriano, que procura alcanzar un punto intermedio *sin sacrificar la misericordia ni la disciplina*. Primeramente, a los apóstatas, les reprocha que no fuera la tortura lo que les llevó a la apostasía, sino su apego a las riquezas y al mundo:

“A las primeras palabras de amenaza del enemigo, inmediatamente la mayor parte de los hermanos traicionó su fe y no esperó a que le derribara el ímpetu de la persecución, sino que se derribaron ellos mismos con voluntaria caída... el Señor, que es maestro en palabras y consumidor en hechos, enseñando lo que debe hacerse y haciendo cuanto enseña, ¿no avisó de antemano sobre cuanto ahora pasa o pueda pasar? ¿No estableció anticipadamente eternos suplicios a los que niegan y premios de salvación a los que confiesan la fe? Todo eso, ¡oh maldad!, cayó para algunos por tierra y se les borró de la memoria. No esperaron, al menos, a ser detenidos para subir a sacrificar, ni a ser interrogados para negar su fe. Muchos fueron vencidos antes de la batalla, derribados sin combate, y no se dejaron a sí mismos el consuelo de parecer que sacrificaban a los ídolos a la fuerza. De buena gana corrieron al foro, espontáneamente se precipitaron a la muerte, como si fuera ello cosa que de tiempo estaban deseando, como si aprovecharan ocasión que se les ofrecía, que de buena gana hubieran ellos buscado... Cuando espontáneamente subiste al Capitolio, cuando de buena gana te prestaste a cumplir el terrible crimen, ¿no vaciló tu paso, no se oscureció tu rostro, no te temblaron las entrañas, no se te cayeron los

miembros todos? ¿No fueron tus sentidos presa de estupor, no se te pegó la lengua, no te faltó la voz? ¿Con qué pudo estar allí a pie firme el siervo de Dios y hablar y renunciar a Cristo, él, que había ya renunciado al diablo y al mundo?... No debemos, hermanos, disimular la verdad ni callar lo que dio ocasión y fue causa de nuestra herida. A muchos engañó su amor ciego a la hacienda (propiedades), y no podían estar preparados ni expeditos para la retirada aquellos a quienes ataban, como con trabas, sus riquezas. Éstas fueron las ataduras de los que se quedaron; éstas, las cadenas con que se retardó el valor, quedó oprimida la fe, atada la mente, cerrada el alma, de suerte que quienes estaban pegados a lo terreno vinieron a ser presa y comida de la serpiente...” (Cipriano de Cartago - *De Lapsis* VII, VIII, XI)

Un apóstata podía volver al seno de la Iglesia si manifestaba arrepentimiento, pero ese era solo un primer paso; debía aceptar la disciplina, debía hacer fruto digno de arrepentimiento, debía pasar por un período de corrección para que el Evangelio no fuera menospreciado. Por ello, en segundo término, el obispo Cipriano también reprendió duramente a los ministros que no aplicaban la disciplina en la iglesia:

“...el que pasa blandamente la mano sobre el pecador, con halagos de adulación, no hace sino fomentar el pecado, y no reprime así los delitos, sino que los alimenta; mas el que con más fuertes consejos reprende y juntamente instruye a su hermano, le pone en camino de su salvación. *A los que yo amo*—dice el Señor—, *los reprendo y castigo*. De este modo, conviene también que el sacerdote del Señor no engañe con ilusorios obsequios, sino que provea de saludables remedios. Médico sin pericia es el que con mano indulgente va rozando los hinchados senos de las llagas, y mientras conserva el veneno encerrado allá en los profundos rincones, lo amontona más y más. Es preciso abrir la herida y cortarla, y, una vez eliminada toda la podredumbre, hay que aplicarle enérgico remedio. Que vocifere y grite, y se queje el enfermo que no resiste al dolor; luego, al sentirse sano, nos dará las gracias.” (Cipriano de Cartago - *De Lapsis* - XIV)

Un apóstata puede volver al Camino, pero es obligación de los ministros o líderes confrontar al pecador con su pecado, y asegurarse de que verdaderamente sea extirpado de su corazón. Ya en aquella época, como

ahora, los líderes por temor a ofender o por una falsa misericordia abrían los brazos a todos, sin asegurarse de que verdaderamente había un arrepentimiento y un cambio. Hacían creer al que había apostatado que con volver a la Iglesia ya estaba todo perdonado, así de fácil, sin haber muestras internas y externas de una sentida penitencia:

“Tienen por paz esa que algunos van vendiendo con falaces palabras. Ésa no es paz, sino guerra, y no se une a la Iglesia el que se separa del Evangelio. ¿Cómo llaman al daño beneficio? ¿Cómo ponen a la impiedad nombre de piedad? ¿A qué fin simulan comulgar con aquellos cuyo deber es llorar constantemente y suplicar al Señor, a la par que les cortan la lamentación de la penitencia? Esos tales son, para los caídos, lo que el granizo para las mieses, lo que un turbio huracán para los árboles, lo que para el ganado una peste devastadora, lo que una dura tormenta para los navíos. QUITAN el consuelo de la esperanza, arrancan de raíz, con malsana palabra infiltran un mortal veneno, estrellan sobre las rocas la nave para que no llegue al puerto. Esta facilidad no concede la paz, sino que la quita, ni da la comunión con la Iglesia, sino que impide para la salvación. Otra persecución y otra prueba es ésta, por la que el sutil enemigo cobra nuevas fuerzas para combatir a los caídos con oculto estrago y lograr que descansen la lamentación, que calle el dolor, que se desvanezca la memoria del pecado, que se comprima el gemido en el pecho, que se restañe el llanto de los ojos y no se aplaque con larga y plena penitencia al Señor gravemente ofendido, siendo así que está escrito: *Acuérdate de dónde has caído y haz penitencia*. Nadie se engañe a sí mismo, nadie se forje ilusiones. Sólo el Señor puede otorgar misericordia. Perdón de pecados que contra Él se cometieron, sólo Él puede concederlo, que llevó sobre sí nuestros pecados, que por nosotros sufrió dolor, a quien Dios entregó por nuestros pecados. El hombre no puede ser mayor que Dios y no puede el siervo remitir y condonar por propia indulgencia lo que con delito más grave se cometió contra su Señor, no sea que se le impute también al caído por crimen el ignorar que está predicho: *Maldito el hombre que su esperanza pone en otro hombre...* Por lo demás, si alguno, con precipitada prisa, piensa temerariamente que puede otorgar a todo el mundo el perdón de los pecados, o se atreve a rescindir los mandamientos del Señor, sepa que no sólo nada aprovecha a los caídos, sino que más bien les daña. Es

provocar la ira no observar la sentencia y pensar que no debe ante todo suplicar de la misericordia del Señor, sino, despreciando al Señor, presumir de la propia facilidad. (Cipriano de Cartago - *De Lapsis* – XVI, XVII, XVIII)

El obispo Cipriano (y con él la mayoría de los obispos fieles de aquella época), no trataba ni con laxitud ni con intolerancia al apóstata; pero le advertía seriamente que si no había dolor por haberse apartado de Cristo, entonces no existía un genuino arrepentimiento que garantizara la restauración.

Tal vez tú digas: *bien, pero estos casos de apostasía eran de aquellos que habían negado a Cristo en la persecución, mas yo me refiero a la apostasía de apartarse de Cristo para volverse al mundo.* Pero es que los dos son igualmente apóstatas al negar a Cristo, tanto el que lo niega delante de un tribunal por miedo a perder su vida y posesiones; como el que lo niega apartándose, para seguir los instintos de su carne (la vanagloria de la vida) y los deseos de sus ojos (posesiones). Ambos niegan a Cristo al mirar al mundo y no poner la mirada en la Eternidad.

Volviendo a la pregunta *¿Un apóstata puede regresar al camino?* Respondo, sí, claro que sí; como volvió el hijo pródigo.

*-¿Pero para qué el dolor, la penitencia, el llorar, el hacer fruto de arrepentimiento, si cuando el hijo pródigo volvió a casa de su padre, todo fue fiesta y alegría?*

Porque la fiesta no la organizó el hijo, sino el Padre. No dijo el hijo ¡Padre he vuelto, hagamos una fiesta! Sino que dijo...

**Lucas 15:21** *Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo.*

No dudo de que los apóstatas puedan volver a la Iglesia, el problema es ¿cómo vuelven?, ¿con qué actitud?, ¿como si no hubiese pasado nada? ¡Y ni que hablar de los ministros que caen en pecado! Estos, cuando son descubiertos, hacen una confesión (o más bien una excusa) pública, dos

lágrimas y al mes siguiente ya están predicando como si nada hubiese pasado.

-*¿Es que si Dios me perdonó ¿quién es el hombre para dudarlo?! ...* Pues si no veo en ti dolor por haberte rebelado contra el Dios a quien dices amar tanto, dudo otro tanto de que en verdad te hayas arrepentido.

“Ahora bien, ¿vamos a pensar que suplica al Señor de todo corazón, con ayunos, lágrimas y plañidos, el que desde el día mismo de su crimen frecuenta diariamente los baños (*baños romanos*), el que comiendo opíparamente y reventando de puro hartito vomita al día siguiente lo que no pudo digerir y no sueña en dar parte de su comida y bebida a los pobres? ¿Cómo decir que llora su propia muerte el que vemos andar alegre y risueño, y estando escrito: No corromperás la efigie de tu barba, él se rasura finamente y unta su cara? ¿Y a quién intenta ahora agradar el que desagradó a Dios? ¿Es que gime y llora esa otra mujer que no tiene otra ocupación que vestirse de preciosos vestidos y no piensa que perdió la vestidura de Cristo, ponerse lujosos adornos y bien labrados collares y no sabe de llanto por haber estropeado el divino y celeste ornato de su alma? Ya puedes tú vestirte vestidos peregrinos y telas de seda: desnuda vas. Ya puedes adornarte de oro y margaritas y perlas preciosas: sin el adorno de Cristo, deforme estás. Y tú que te tiñes los cabellos, deja de hacerlo siquiera ahora, en momentos de dolor; y la que con una línea de polvo negro te pintas la arcada de tus ojos, lava siquiera ahora con lágrimas esos mismos ojos. Si hubieras por la muerte perdido alguno de tus seres queridos, gemirías y llorarías dolorosamente y por todas partes darías muestras de tu duelo con tu cara sin lavar, con el luto del vestido, con la cabellera descompuesta, el rostro nublado, la cabeza caída; has perdido, desgraciada, tu alma; muerta espiritualmente, te sobrevives a ti misma y llevas, cuando andas, tu propia tumba, ¿y no te golpeas fuertemente el pecho y no gimes incesantemente y no te escondes, o por vergüenza de tu crimen o por seguir en tu lamentación? He ahí llagas peores todavía que las del pecado; he ahí otros delitos más graves: haber pecado y no satisfacer por el pecado; haber cometido un delito y no llorarlo.” (Cipriano de Cartago - *De Lapsis* –XXX)

**Joel 2:12-14** *Por eso pues, ahora, dice Jehová, convertíos a mí con todo vuestro corazón, con ayuno y lloro y lamento. Rasgad vuestro corazón, y no vuestros vestidos, y convertíos a Jehová vuestro Dios; porque misericordioso es y clemente, tardo para la ira y grande en misericordia, y que se duele del castigo. ¿Quién sabe si volverá y se arrepentirá y dejará bendición tras de él, esto es, ofrenda y libación para Jehová vuestro Dios?*

Dios no les está hablando aquí a los incrédulos, le está hablando a su pueblo rebelde y apóstata, pues dice enseguida...

**Joel 2:17** *Entre la entrada y el altar lloren los sacerdotes ministros de Jehová, y digan: Perdona, oh Jehová, a tu pueblo, y no entregues al oprobio tu heredad, para que las naciones se enseñoreen de ella. ¿Por qué han de decir entre los pueblos: Dónde está su Dios?*

¿Se escuchan en nuestros altares el llanto de los penitentes? ¿Lloran los que regresan después de haberse apartado? ¿Son conscientes los que se apartaron de que cometieron apostasía? ¿Nos apresuramos nosotros a hacerles creer que ya están perdonados, antes de que sea el Señor quien les perdone?

“Vosotros, empero, hermanos, cuyo temor de Dios está pronto, y el alma, aun sumida en la ruina se acuerda de su mal, con arrepentimiento y dolor considerad vuestros pecados, reconoced el gravísimo crimen que pesa sobre vuestra conciencia, abrid los ojos de vuestro corazón para entender el delito cometido, sin desesperar de la misericordia del Señor y tampoco vindicar ya el perdón. Dios, cuanto por su piedad de Padre se muestra siempre indulgente y bueno, tanto es de temer por su majestad de Juez. Cuán grande fue nuestro delito, otro tanto lo sea nuestro llanto. A una herida profunda no falte diligente y larga medicina; **la penitencia no sea menor que el pecado.** ¿Con qué piensas tú que puede tan aprisa aplacarse Dios, a quien con pérfidas palabras negaste, a quien pusiste por bajo de tu hacienda, cuyo templo violaste con sacrílego contacto? ¿Piensas que va Él fácilmente a compadecerse de ti, que dijiste no era tu Dios? Es preciso orar y suplicar más fervorosamente, pasar el día de luto, las noches en vigilia y lágrimas, llenar el tiempo todo de lamentos lagrimosos; tendidos en el suelo, pegarnos a la ceniza, envolvernos en cilicio y sucios vestidos, no querer tras el vestido

perdido de Cristo vestidura alguna...” (Cipriano de Cartago - *De Lapsis* – XXXV)

Si hay arrepentimiento, y si se somete a la disciplina con actitud de penitente, hay esperanzas para el que habiendo apostatado regresa buscando la comunión de la Iglesia; y no solo esperanzas de perdón sino de restauración total...

“El soldado irá de nuevo al combate, saldrá otra vez al campo de batalla, provocará al enemigo, cobradas justamente nuevas fuerzas por el dolor. El que así satisficiera a Dios, el que por su arrepentimiento de lo hecho, el que por la vergüenza de su delito concibiere del dolor de su misma caída más fortaleza y fidelidad, oído y ayudado del Señor, alegrará a la Iglesia a quien antes contristara y no sólo obtendrá de Dios el perdón, sino la corona.” (Cipriano de Cartago - *De Lapsis* –XXXVI)

Sigamos un poco más con la Historia. Mientras en Cartago y en las iglesias africanas, sucedían estas cosas; en occidente, en Roma más precisamente, se produce un gran cisma por causa de la readmisión de los apóstatas. Este cisma es promovido por el presbítero Novaciano.

Al morir Fabián, obispo de Roma, bajo la persecución del Imperio; el presbítero Novaciano esperaba ocupar su puesto; pero la elección, en el año 251, recayó sobre otro presbítero, de nombre Cornelio. Este último era partidario de mostrar clemencia con los apóstatas, pero Novaciano se oponía tajantemente a recibir en la Iglesia a los que se habían apartado cometiendo apostasía. Esto no era acorde con la actitud y el espíritu evangélico que hasta entonces había mantenido la Iglesia en general.

“...en la Iglesia primitiva (S. I-II), los llamados "pecados capitales": apostasía, homicidio, adulterio y fornicación, se castigaban con gran rigorismo penitencial; pero aun a los grandes pecadores públicos expulsados perpetua o temporalmente de la Iglesia, después de larga y ejemplar penitencia, se les concedía el perdón y la readmisión en la comunidad cristiana. De esta práctica antiquísima, dan testimonio S. Ireneo, Clemente Alejandrino. S. Cipriano y el propio Tertuliano antes de hacerse montanista.” (Gran Enciclopedia Rialp)

Finalmente, Novaciano y sus seguidores son expulsados por el Sínodo de Roma en el mismo año 251. Después de la muerte de su fundador, los “novacianos” perduran hasta el siglo VII. Se unieron con los montanistas, que también eran rigoristas; y todos ellos se hacían llamar “los puros” o “cátaros” (del griego *katharoi*). Cabe recordar que Tertuliano, que antes era partidario de readmitir en la Iglesia a los que se habían apartado; una vez que se hace montanista (seguidor de las enseñanzas de Montano) se torna intransigente con los caídos.

Si bien la Iglesia los persiguió unas veces y los toleró otras, en lo personal no los consideraría como herejes, sino como intolerantes o extremistas. Como ya sabes, tanto Tertuliano (especialmente) como Novaciano (quien murió mártir bajo la persecución de Valeriano) escribieron algunas obras teológicas muy ortodoxas que fueron de gran ayuda a la iglesia de los primeros siglos.

“El innovador obispo Calixto decía que, según el espíritu evangélico, todo se perdona, con tal de que haya arrepentimiento. Es la lección que ganó la partida en la Iglesia, testificada visiblemente en la arquitectura de las iglesias y en el arte de las catacumbas, donde a menudo Pedro es representado teniendo a su lado un gallo, que le recuerda a él, y a todos los Pedros de la Iglesia, qué cerca está la afirmación de la caída. Un feo episodio en la carrera de un apóstol tan grande, que las Iglesias no hicieron nada para olvidar, sino todo lo contrario. En muchos sarcófagos y en los cubículos de las catacumbas aparece la desafiante figura del gallo; y a veces está Jesús, que con sus dedos hace el ademán de indicar “tres veces”, y Pedro con la cabeza gacha. ¿Por qué esta insistencia en recordar en los Evangelios y en el arte cristiano una página nada edificante en la vida de Cefas, la roca que en un momento cayó? La única explicación convincente es que se hacía para afirmar la misericordia de Dios, su gracia restauradora, su voluntad de perdonar los pecados...” (Alfonso Ropero – libro Mártires y Perseguidores)

Como te he expuesto aquí, hay distintos grados y distintas causas de apostasía; pero mientras haya un indicio de que el Espíritu Santo está produciendo convicción en el apóstata, nosotros no debemos desistir en la esperanza de que vuelva al seno de la Iglesia; y jamás cerrarle las puertas.



**Judas 1:22-23** *A algunos que vacilan, convencedlos. A otros salvad, arrebatándolos del fuego; y de otros tened misericordia con cautela, aborreciendo aun la ropa contaminada por su carne.*

Una oveja puede descarriarse, hasta el extremo de compartir lugar y comida con los cerdos (el hijo pródigo); pero aún hasta allí puede alcanzarle la misericordia del Padre. ¿La condición? Que volviendo en sí, diga:

**Lucas 15:18-19** *Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros.*

No tengas ninguna duda de lo que sucederá después... *Y cuando aún estaba lejos, lo vio su Padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó... porque este tu hermano era muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado.*

Gabriel Edgardo LLugdar

Este material puede compartirse y publicarse libremente sin fines comerciales - con la condición de no modificar su contenido y haciendo mención de su autor.

*Gabriel Edgardo LLugdar - Diarios de Avivamientos - 2016 -*

